

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN
VII

ESCRITORES CORDOBESES DE AYER Y DE HOY

MANUEL GAHETE
JURADO
Coordinador



2023

ESCRITORES CORDOBESES DE AYER Y DE HOY



MANUEL GAHETE JURADO
Coordinador

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

MANUEL GAHETE JURADO
Coordinador

ESCRITORES CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA
2023

ESCRITORES CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón VII*)

Coordinador científico y editorial:
Manuel Gahete Jurado, académico numerario

Portada: Fotografía de Juan de Dios Torralbo Caballero

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de
Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-127942-3-6
Dep. Legal: CO 2168-2023

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**JUAN LUIS GONZÁLEZ RIPOLL:
SIERRA, ALMA Y LITERATURA
(1925-2001)**

JOSÉ CARLOS ARANDA AGUILAR
Académico correspondiente

Resumen

Juan Luis González Ripoll es un escritor cordobés digno de ser recordado. A su maestría narrativa hemos de añadir su calidad humana marcada por la humildad, su sensibilidad de artista como escultor, fotógrafo o literato, su amor a la naturaleza y su capacidad para hacernos partícipes de un tiempo de transición en que el mundo, como lo conocimos, fue cambiando hasta hacer desaparecer a los tipos que fueron capaces de crearlo. En este sentido es una obra testimonial.

Palabras clave

González Ripoll, novela, Córdoba, narrativa, Cazorla.

Abstract

Juan Luis González Ripoll is a writer from Córdoba worthy of being remembered. To his narrative mastery we must add his human quality marked by humility, his sensitivity as an artist as a sculptor, photographer or writer, his love of nature and his ability to make us participate in a time of transition in which the world, as we knew it, it changed until the guys who were capable of creating it disappeared. In this sense it is a testimonial work.

Keywords

González Ripoll, novel, Córdoba, narrative, Cazorla.

Cuando me llamó Manuel Gahete para participar en las Jornadas de Escritores Cordobeses de Ayer y Hoy, no pude menos que pensar en nuestro común maestro, don Feliciano Delgado, quien, al hilo de un artículo suyo sobre un autor cordobés, afirmaba cómo Córdoba, en el panorama de 1980, poseía buenos ensayistas e investigadores, también buenos poetas y novelistas. Si esto era por aquel entonces, ¿qué no sería si consideramos a todos los anteriores? Así pues, era difícil elegir a uno, pero fue este recordatorio de nuestro maestro el que me llevó a escoger a Juan Luis González Ripoll. Este

artículo escrito por don Feliciano es muy revelador porque se refiere, precisamente, al autor que elegí para esta breve exposición. Este cordobés merece ser recordado por muchas razones, pero, sobre todo, en lo que nos concierne, por su arte como narrador o novelista que diría el maestro.

Hay quien afirma que la obra literaria se explica y se defiende por sí misma con independencia del contexto en que se produce y de la experiencia vital del autor. Podríamos discutir largamente esto, que, como todo, tiene su parte de verdad y su parte de simplificación de la realidad que envuelve todo acto de creación. La obra escrita ha permanecido, la memoria de quien la escribió va diluyéndose en las sombras a medida que se marchan quienes conocieron al autor y pueden dar testimonio. Permítaseme, pues un esbozo de aproximación a la figura humana de Juan Luis González Ripoll, tal y como me llegó, tal y como lo conocí.

Juan Luis González Ripoll nació en Córdoba allá por 1925, estudió en el colegio de Cultura Española y, más tarde, se graduó en Sociología. Murió en marzo del 2001. Cordobés de nacimiento, podríamos decir que jiennense de adopción. Fue un enamorado de sus sierras y de sus bosques, Cazorla y Segura son paisajes inequívocamente asociados a su obra. Tenía pasión por el campo y por la pesca y, aunque uno de sus libros trata de la caza (*Narraciones de caza mayor en la¹*), nunca fue cazador. En muchos aspectos, su estilo coincide con otro gran novelista, Miguel Delibes, tanto que, a veces, confundo las citas y las referencias entre ambos autores. Quizás aquella casa de La Ponderosa -como aquella famosa serie de los años 60- a orillas del Guadalquivir recién nacido, junto a Santiago de la Espada en la serrañía de Jaén, que nuestro autor adquirió hacia 1961, tuviera algo que ver en el espíritu esculpido entre el verde del monte, el azul del cielo y la transparencia de las aguas heladas donde las truchas jóvenes saltaban y algunas viejas y sabias lo acechaban en las pozas profundas del Borosa o el Aguamula.

Llevaba pegado el olor de sus sierras y el rumor de sus aguas -algunas fuentes construyó- y, aún hoy, me lo imagino allí, entre su jardín y en su huerto, un tanto asalvajado, sentado o paseando, sus botas

¹ GONZÁLEZ RIPOLL, J.L. (1978). *Narraciones de caza mayor en Cazorla*. Madrid: Editorial Everest.

de goma enfundadas después de una tormenta, pescando o rebuscando fósiles y raíces para darles una nueva vida transformadas en esculturas provocativamente retorcidas. Todavía, cuando pienso en él, lo veo frente a un lienzo o con su cámara de fotos colgada al cuello tratando de atrapar lo que no cabía en las palabras. Porque era un artista que dibujaba con la palabra más allá de los pinceles y las formas.

Juan Luis González Ripoll era un gran conversador, sabía escuchar. Mariano Aguayo, en un artículo que le dedicó en ABC, nos lo retrata así: « [...] es fácil verlo en esa casita charlando con aquel guarda mayor, Justo Cuadros, o con el viejo furtivo cuyas historias nutrieron su narrativa, Justo»², un artículo sentido e íntimo en que la afinidad de ambos artistas se mezcla con la tristeza por no haber tenido ocasión de compartir con él la presentación de su última obra, *Montear*³, cuando Juan Luis, allá por el año 2000, estaba ya muy enfermo. Y el cariño y la proximidad eran algo mutuo como se deja ver en el prólogo que Juan Luis realiza de la obra *Relatos de caza*⁴, obra de Mariano Aguayo reseñada por Joaquín Criado Costa en el Boletín de la Real Academia, donde, con su humor peculiar afirmaba: «No sé bien si Mariano Aguayo es cazador antes que escritor o escritor antes que cazador».

Era un artista dotado de una sensibilidad extraordinaria. A este respecto nos comenta Mariano Aguayo en su artículo:

Artista abierto a todas las artes, Juan Luis hizo en su juventud escultura abstracta en hierro. Y, con raíces y piedras erosionadas halladas en la sierra, componía figuras. También fue muy interesante su pintura, a caballo entre el fauvismo francés y el expresionismo alemán.

Como muestra del fino sentido de humor de nuestro novelista, añade la siguiente anécdota:

² AGUAYO ÁLVAREZ, M. (2009). "Recordando a Juan Luis González Ripoll". ABC. https://www.abc.es/opinion/abci-recordando-juan-luis-gonzalez-ripoll-200908010300923006024529_noticia.html?ref=https%3A%2F%2Fes.search.yahoo.com%2F

³ AGUAYO ÁLVAREZ, M. (1991). *Montear*. Córdoba: Autor-editor.

⁴ AGUAYO ÁLVAREZ, M. (1986). *Relatos de Caza*. Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Prólogo de Juan Luis González Ripoll (nº 2 de la colección de bolsillo «Cajasur»).

[tenía] colgado un gouache suyo en el que aparecían un venado y un perro con pretensiones de terrorífico. Me lo regaló a raíz de la publicación de mi *Montear* en Córdoba y tiene una leyenda plena de fino cachondeo: “Al terminar la temporada, un perro currillo pelibasto, propiedad de Benjamín de los rehaleros Curro Spínola, arrepentido de su vida belicosa ha entregado el collar a su amo y se ha pasado a los ecologistas”. Las cosas de Juan Luis.

¿Fue un solitario? Feliciano Delgado lo describe así:

[...] no perteneciente a la vida literaria cordobesa, sino que se había ido haciendo en la soledad de su isla literaria, una isla que él mismo se había construido. No es que sea un escritor antisocial -nos comenta-, sino todo lo contrario. Es que no ha querido pertenecer a la sociedad factual de los literatos, sino a la sociedad simplemente. Esto es indicio de su riqueza interior. Juan Luis escribe desde donde vive con intención de trascender lo cotidiano⁵.

Un hombre quizás extraño porque todo en él resumaba sencillez y profundidad, claridad y precisión, sin juzgar, describiendo la realidad como algo tan ineludible como la vida. Por esto mismo, es tan difícil acercarse a su personalidad. Bartolomé Vargas, en una crítica elaborada sobre *El dandy del lunar*⁶, nos lo describe así con este juego de aparentes contradicciones:

[...] es un cordobés, “discreto” de Baroja, que pasea su media sonrisa y su humor ingenuo y sutil a un tiempo por las calles de Córdoba. No es de derechas ni de izquierdas, ni pobre ni rico, sino todo lo contrario, ni tiene una profesión en la que esté excesivamente profesionalizado. Nadie, ni siquiera sus mejores amigos podrían decir lo que siente y piensa, este solitario de la media palabra y de la media sonrisa bondadosa y socarrona. Solo podría predicarse de él, que no es un fanático. Es precisamente todo lo contrario. Un fotógrafo, un filmador animado de la vida, un hombre con la cámara de su pupila

⁵ CRIADO COSTA, J. (1986), “Aguayo Álvarez, Mariano: *Relatos de caza*”. Córdoba. En *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, Julio-Diciembre 1986, nº 111, p. 190.

⁶ GONZÁLEZ RIPOLL, J. L. (1983). *El dandy del lunar*. Barcelona: Ediciones Destino.

neutra al acecho de la realidad. Una realidad embellecida por su propia neutralidad ante la bondad y la maldad de los hombres. Las cosas son como son, los hombres son como son, las cosas pasan porque tienen que pasar, y al final, Juan Luis como los personajes de su novela se queda con una media sonrisa de tristeza y de comprensión.⁷

Nada de esto sabía yo entonces cuando, con motivo del simposio de Filología celebrado en Córdoba, don Feliciano Delgado me invitó a participar. Como no tenía claro sobre qué realizar un artículo que mereciera la pena, puso en mis manos el libro de *Los hornilleros*, de Juan Luis. No lo conocía. Se trataba de una edición entrañable por cuanto fue hecha por José Luis Escudero en 1976⁸. José Luis fue un gran bibliófilo y mejor persona con quien compartimos aulas en mi promoción. Acepté el reto. En la sinopsis de la contraportada rezaba: «En su prosa, fluida y sencilla, el humor y la ternura van de la mano. Sus páginas evocan la pobreza sobrellevada sin amargura y la bondad de las gentes que viven en la Sierra». Es una magnífica sinopsis porque, en efecto, me encantó su estilo directo, franco, sencillo, tan cercano al realismo descarnado pero amable de un Miguel Delibes, con quien otras veces ha sido comparado. La ambientación, los personajes, las fuerzas actanciales eran fascinantes. Finalmente realicé el artículo y lo expuse en el simposio, publicado más tarde en la revista *Axerquía*⁹. Mi sorpresa fue cuando don Feliciano me comentó que nuestro autor lo había leído, le había encantado y quería conocerme.

Nos reunimos en su casa de la calle Encarnación. Yo vivía en Deanes, éramos vecinos sin saberlo. Me encontré con una persona de mediana estatura, afable, tranquila, de mirada penetrante y barba rala, los ojos agrandados por sus gafas cuadradas. Me dio las gracias por el artículo, me felicitó por la profundidad del análisis y las reflexiones, se me quejó un poco del final, le hubiera gustado seguir leyendo, y de ahí derivamos a hablar de lo humano y lo divino, de la narrativa, de las nuevas tendencias, de la importancia de las raíces, de ese bañarse

⁷ VARGAS, B. (s.f.). “Reseña de *El dandy del lunar*”. Original mecanografiado remitido por Juan Luis González Ripoll, sobrino, a quien agradezco su atención.

⁸ GONZÁLEZ RIPOLL, J.L. (1976). *Los hornilleros*. Ediciones Escudero, C/ Romero 6 y 11.

⁹ ARANDA, J.C. (1983). “Aproximación a la narrativa de González-Ripoll”. *Revista Axerquía*, n. 9, diciembre 1983, pp. 239-246.

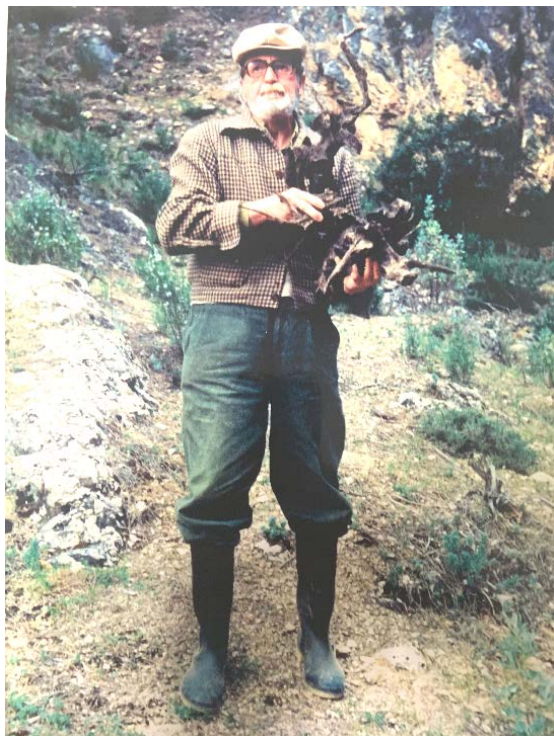
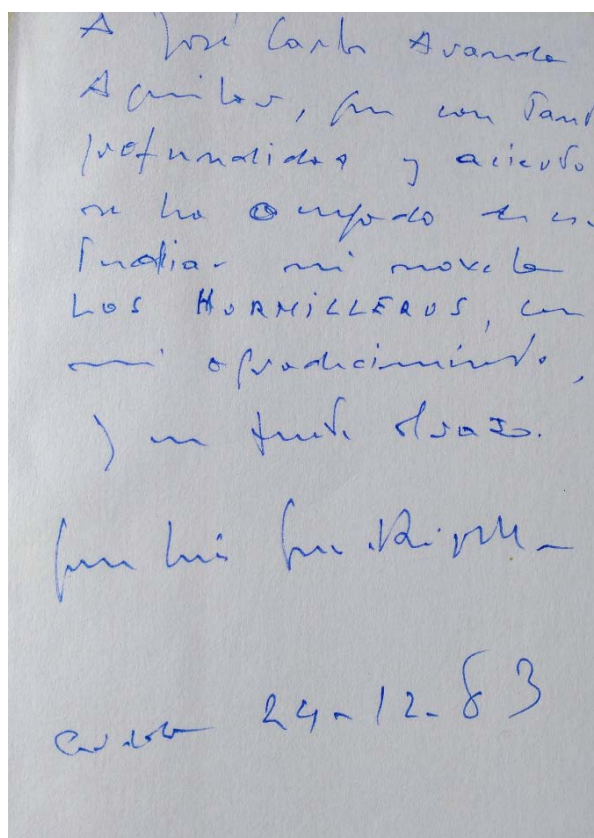


Imagen 1: Fotografía cedida por Juan Luis González Ripoll, su sobrino

en terruño que decía Unamuno, aquello del realismo mágico no acababa de entenderlo, porque la fascinación está en las cosas que vemos y tocamos. Sabía escuchar, hacerte sentir protagonista en la conversación, y cuando intervenía lo hacía con sencillez y sin presunción, como lo hacen los grandes. La casa era una casa vivida, al estilo del maestro Feliciano, que odiaba las cocinas asépticas que parecían quirófanos y gustaba de ver el *totum revolutum* de algo vivido, sentido, puesto en medio, como un retrato de quien la habita. La casa tenía una entrada con arco mudéjar, cancela de hierro que abría a un patio clásico con columnas y galería. A la izquierda, las escaleras conducían a la planta superior, pasillo y puertas, mesitas bajas y sillas de anea, cuadros y esculturas dispersas, colocadas a su antojo. Al fondo del patio principal se abría el acceso al patio de servicio, se veían aún las huellas de lo que fuera un huerto, y, colgado de un naranjo, un saco de boxeo. «En mi juventud me gustaba boxear, y siempre he hecho algo de deporte. Pero lo que más me ha gustado siempre es pasear, el cam-

po, respirar». A decir verdad, costaba imaginar a esa persona llena de serenidad con unos guantes de boxeo golpeando cualquier objeto. Al despedirnos puso en mi mano un ejemplar de su última obra, *El dandy del lunar*, venía dedicada: «A José Carlos Aranda Aguilar, que con tanta profundidad y acierto se ha ocupado de estudiar mi novela *Los Hornilleros*, con mi agradecimiento. Un fuerte abrazo, Juan Luis González Ripoll, Córdoba, 24 de diciembre de 1983». No volvimos a vernos y lo lamento profundamente.



A José Carlos Aranda
Aguilar, que con tanta
profundidad y acierto
se ha ocupado de
estudiar mi novela
Los Hornilleros, con
mi agradecimiento,
y un fuerte abrazo.
Juan Luis González Ripoll -
Córdoba 24-12-83

Imagen 2: Dedicatoria manuscrita a *El dandy del lunar*

De él queda su amabilidad, su humildad, su sensibilidad y la bondad de su trato, unas características que vuelca en sus personajes de profundo sentido común, en lucha permanente por la supervivencia en escenarios que chocan hoy con la vida regalada y virtual que se tiene de la naturaleza como un marco colgado en la pared o en esos escena-

rios de guerra donde la muerte convive con la esperanza, en seres afe-
rrados a la vida tal y como les viene. Quizás por eso conviene traer
ahora su narrativa, para poner los pies en la tierra y recordar que la
naturaleza y el hombre van de la mano y hemos vivido en una lucha,
también en una connivencia, continua para lograr hacer posible una
compatibilidad que solo entienden quienes la viven, muy alejados de
los despachos donde se dictan las leyes que, a veces, atenazan los bos-
ques, los ríos y las montañas.

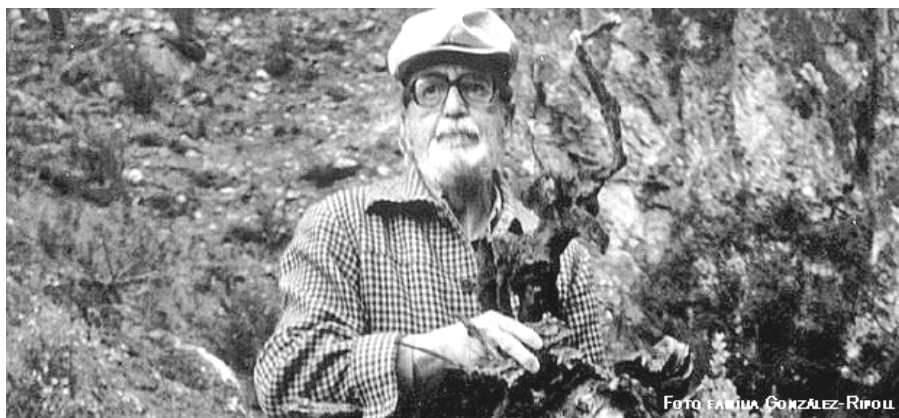


Imagen 3: Fotografía tomada de *Paisajes del Agua*, Antonio Castillo

Ahora vamos a centrarnos un poco en la obra literaria de José Luis González Ripoll. Desde luego, cuando se me pidió esta colaboración pensé inmediatamente en el valor que su obra narrativa podía tener en la actualidad: es autor andaluz y cordobés enamorado de la naturaleza y con una enorme fuerza narrativa que le mereció el ser finalista del premio Nadal (1981). Dos son para mí sus obras más importantes: *Los hornilleros* y *Narraciones de caza mayor en Cazorla*. González Ripoll es un maestro en el arte del cuento, no entendido como un arte menor de la narrativa, sino como la columna vertebral sobre la que gravita la misma narración. En un cuento tenemos algo fundamental que es la brevedad y la llaneza de los componentes y de los personajes.

La obra de González Ripoll se concibe y se construye como un caleidoscopio de historias breves, a las que podríamos llamar cuentos o, si lo prefieren, relatos, a través de los cuales asistimos a la evolución de unos seres humanos en lucha permanente contra los elementos, contra el sistema, contra sus propios instintos; es decir, contra lo más

natural del ser humano que vive, respira y sufre o goza, y esto es lo que la hace una obra trascendental en cualquier época en que la leamos y mucho más necesaria cuanto más nos apartamos de esa realidad telúrica que supone la vivencia desde la precariedad del hombre donde los derechos son una conquista y con los deberes se nace.

Y el autor es plenamente consciente de que está dejando un testimonio vivo de una realidad ya extinguida. Así en el prólogo a *Narraciones de caza mayor en Cazorla* llega a afirmar que los protagonistas son, en efecto, supervivencias de formas ancestrales ya extinguidas y, además, sin entrar en motivaciones, sus hijos prefieren la ciudad; de modo que la continuidad se ha roto o está a punto de romperse. Hombres y naturaleza vivían en otro tiempo, a otro ritmo, en otras claves, en un «[...] tiempo en que los hombres hablaban por leguas y caminaban a pie o a lomos de bestias [...]»¹⁰. Podría multiplicar las citas, pero mejor les invito a leer y recomendar su obra.

Da fe de un cambio de ciclo, de la pérdida de una forma de vida y, con ella, de los caracteres y tipos que la representaban. Así, en *Narraciones de Caza Mayor en Cazorla*, encontramos la obra dividida en dos partes: la primera parte anterior a la fundación del Coto Nacional y, la otra, posterior. Una primera parte en la que «[...] quien limpiaba del monte un pedacito de tierra y le quitaba las piedras y lo guardaba y encauzaba el agua de una fuente para regar, de hecho era tan dueño de aquello como el duque de Alba podía serlo del Pinal de la Vidriera. Tenía menos papeles que una burra robada, pero era el amo». Y una segunda parte en que desaparecen las escopetas de chimenea y les llega el turno a los rifles de mira telescópica. Los antiguos furtivos se convierten en guardas después de firmar un armisticio con las reses del monte. Esta obra tiene un carácter casi notarial como él mismo dice en el prólogo:

He escogido a tres hombres de la Sierra para que nos cuenten sus cosas: el tío Alejo Fernández, el tío Julián el aserrador y Justo Cuadros, guarda mayor del coto desde 1951. Cada uno de ellos nos dejará lo mejor de sus recuerdos. Al hilo de sus palabras, vamos a levantar acta de cómo era la Sierra antiguamente y de las cosas que pasaban en ella, y Justo nos hablará de caza que es lo suyo (p.10).

¹⁰ *Op. cit.*, p. 6.

La arquitectura narrativa es sencilla; en el caso de *Los hornilleros* se empieza justificando el título, el porqué de los hornillos, y después continúa con una serie de cuadros: los amos, mi tío Luciano, la pastoría, los numantinos, mi tío Perico Pedro, etc. El protagonista, si es que tal puede ser esta la denominación, procede de una familia de colonos de los que vinieron a repoblar los montes de realejo hace ya muchos años. En las primeras páginas se nos describe a grandes rasgos el camino y el trabajo de estos colonos a los que, por no tener nada más que un hornillo donde guisar lo que cayera durante el camino, llamaban “hornilleros”. A partir de ahí, las anécdotas, las historias, se suceden y, en ellas, destaca la dureza del medio, también de las personas hechas a la necesidad, y el ingenio puesto al servicio de la supervivencia, pero donde el paisaje, la sierra, es el protagonista omnipresente.

*El dandy del lunar*¹¹ es su penúltima novela en la que la trama se hilvana para trabar una historia de personajes enfrentados a sí mismos en un escenario de guerra. En palabras de don Feliciano Delgado, es una novela de la guerra pero no es sobre la guerra. Es la novela de la repercusión de una guerra en la conciencia de los demás. Se desarrolla con la guerra española de fondo como podría ser cualquier otra guerra, «[...] porque la gente sencilla no entiende de bandos sino de sufrimiento, es de la guerra española por su geografía y su forma de reacción». Hoy, más que nunca, debe llegarnos su mensaje, un mensaje donde no hay buenos ni malos y solo queda el sufrimiento. Para el narrador, González Ripoll escoge a un niño, quizás lo más conseguido del relato: asistimos a una historia de adultos vistos desde la pupila de la inocencia. Este protagonista también evoluciona con la historia en un diseño progresivo que acabará precisamente en el desenlace. Como bien apunta Bartolomé Vargas:

[...] El protagonista, los ojos de la novela, la retina implacable de su propio autor, nos va a llevar de la mano de su madre por los campos y ciudades del éxodo, de la huida ante la guerra, hasta dar con los dos personajes centrales de la novela, la tía Clarita y el Dandy del lunar, de total y opuesta contextura humana, hombre y mujer que ante la mirada atónita de Lobeño van a entrelazarse en una sinfonía de amor encanallado, en la que la brutal dependencia afectiva de ella,

¹¹ GONZÁLEZ RIPOLL, J.L. (1983). *El dandy del lunar*. Barcelona: Ediciones Destino.

solo podrá ser liberada mediante su propia muerte, alcanzada al filo de la total abyección. [...] La mejor creación literaria, nacida de un cordobés en lo que va de siglo. Así de claro y sencillo. Y el que piense lo contrario, que la lea.¹²

Ya en 1998 publicó la que sería su última novela, *Paisaje sin lobos*¹³. En este caso, el escenario elegido es un pueblecito de Jaén perdido entre sierras y pinares. Lo conocí, pasé por él y me salvó la vida cuando regresando de Murcia, en coche, casi me quedó sin gasolina. Me acompañaban María Dolores y Chari Iglesias, también Santiago Reina. Veníamos de un Curso de Gramática Textual. Nos sorprendió la soledad y el paisaje, pinares centenarios y carreteras forestales, sin asfaltar. No había más que naturaleza y silencio, el verdor de las ramas centenarias rasgaba el azul del cielo, Era fácil adivinar el aislamiento por la nieve en el crudo invierno de la sierra, las familias frente a las chimeneas y el ganado recogido. Casas pardas pegadas al terreno como si quisieran pasar desapercibidas. Cuando llegamos al pueblo, no había gasolinera, pero un buen hombre, enjuto y educado, que diferenciaba la “b” de la “v” con un arcaísmo que nos sorprendió, nos sacó del apuro vendiéndonos un galón de gasolina y explicándonos cómo seguir.

Hoy ya todo habrá cambiado, pero es el paisaje que se describe en esta última novela. Cuando lo entrevistaron en el diario *Córdoba*¹⁴ con motivo de su publicación, con su natural modestia afirmaba que era «[...] una historia de aventuras en tono menor. Mis personajes se entienden bien unos con otros y entre ellos no hay violencia. Son bastante disparatados y eso le da cierto interés»¹⁵. Rezuma ironía el comentario porque se mueven como impulsados por un destino afín a la tierra misma sin más pretensiones que la aceptación de la realidad que les viene impuesta. La acción transcurre a principios del siglo XX y hay guiños al carácter quijotesco en personajes como Alfredo y el cura, como él mismo apunta en la entrevista, una contraposición entre razón y locura que nos acerca a la bondad de mirar la realidad con otros ojos.

¹² *Op. cit.*, p. 2.

¹³ GONZÁLEZ RIPOLL, J.L. (1998). *Paisaje sin lobos*. Madrid: Huerga y Fierro.

¹⁴ RODRÍGUEZ, A. (1998). “González Ripoll publica su tercera novela tras varios años de silencio”. *Diario Córdoba*, 13 de noviembre de 1998.

¹⁵ *Ibid.*

En esta entrevista hay una cierta declaración de principios acerca del acto mismo de la creación literaria:

Creo que lo fundamental en la literatura de creación es que las historias tengan encanto y, si es posible, cierta grandeza. Porque verdaderamente el hombre está necesitado de algo que le muestre un horizonte un poco más alto. [...] La literatura de ahora quizás incide excesivamente en lo vulgar, en el lado menos valiosos del hombre¹⁶.

Como en *Narraciones de caza mayor en Cazorla*, ahora volvemos con el tema cinegético como trasfondo. Pero, como hemos dicho, Juan Luis no era cazador, era un enamorado de la naturaleza, de la historia vivida, o mejor “las historias” de los hombres vinculados a ella, esos que son capaces de sobrevivir y, en esta supervivencia, encontrar el sentido de la vida. Más allá del hecho en sí, lo que más le interesó fue la parte humana contada en primera persona por sus protagonistas. Vuelve aquí ese saber escuchar e hilvanar las historias dotándolas de un sentido que nos trasciende. El vive y respira, siente y ama la naturaleza, por eso sus historias se mueven en estos parajes. «La verdad es que me costaría trabajo mover unos personajes por la ciudad», afirmaba¹⁷.

No podemos olvidar el estilo en el sentido más estricto de esa palabra. Juan Luis González Ripoll posee dos cualidades estilísticas admirables: en primer lugar, el lenguaje natural, no hay ni pobreza ni rebuscamiento, desde siempre ha tenido la palabra precisa y el adjetivo indispensable; en segundo lugar, se admira en él la capacidad narrativa visual, la caracterización visual es tan fuerte que invito a quien lea la novela a que vaya haciendo la lectura como si en el lugar de ser un simple lector fuera el ojo de una cámara que está filmando lo que en la narración se nos va contando. Es la huella del pintor y fotógrafo convertido en escritor.

Pero lo especial de Juan Luis, como vislumbró don Feliciano Delgado, es la técnica narrativa, la claridad de su prosa y la finura de las observaciones. «No escribe en una prosa lírica de recreación de interioridades sino con el distanciamiento de quien construye un objeto

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ *Ibíd.*

literario y lo deja ahí para que el lector lo capte»¹⁸. El léxico, la forma, la expresión y el fondo transmiten esa sencillez rotunda de la vida en contacto con la naturaleza, con lo seres humanos desde la conciencia de estar en un tiempo agotado.

Su obra es una ventana abierta a un aspecto concreto de nuestra sociedad, a nuestra realidad y a nuestra historia. Predomina la dureza de la vida, a pesar de lo cual la adecuación del estilo, su llaneza expresiva y el desparpajo de sus personajes, especialmente del narrador, hacen que la obra llegue al lector con rapidez y sin amargura. Lo que es una constante en su obra. La realidad inherente de la que da testimonio es fruto de la reflexión sobre un trasfondo que se diluye ante la facilidad de la narración, el humor y la sensibilidad del autor. Pero es un estilo consciente y buscado. En su estilo narrativo, pretendía y recomendaba la expresión directa y franca, que la prosa fluyera con naturalidad. Mariano Aguayo nos dejó esta perla extraída de sus conversaciones con la que concluyo: «Mariano, cuando a uno le sale una frase profunda, de gran valor filosófico, hay que tacharla enseguida»¹⁹. Y ese fue su dogma, la sencillez terruñera que se nutre del léxico pleno que nace y vive en las sierras que tanto amó.

Sirva esta reflexión como homenaje a aquellos grandes del arte y la literatura a los que tanto debemos: Juan Luis González Ripoll, Mariano Aguayo y nuestros queridos maestros Feliciano Delgado y Joaquín Criado. Y mi agradecimiento a Juan Luis González Ripoll, su sobrino, por sus aportaciones y precisiones a este trabajo. Muchas gracias.

¹⁸ *Op. cit.*

¹⁹ *Op. cit.*

Todos los estudiosos que forman parte del volumen que les presentamos han sabido expresar con claridad expositiva y lucidez crítica las aportaciones originales de autores que, suficientemente relevantes, no terminan de ocupar los espacios que merecen por su calidad literaria, sabedores –como somos– de que no siempre la obra de un creador alcanza ese ámbito elíseo reservado por los dioses a la inmortalidad.

Manuel Gahete Jurado

Vicepresidente de la Real Academia de Córdoba

